

“Camilo murió para que naciera Golconda”

De Camilo a Golconda

FERNANDO TORRES MILLÁN

(Compilador)

BERNARDO ARIAS FIGUEROA

(Editor)

Código, Proyecto de Memoria

Histórica, Bogotá, 2013, 246 págs.

“GOLCONDA” NACIÓ a partir de lo que algunos denominaron “la revolución de las sotanas”. El libro es una verdadera recopilación de memoria, pues no se limita a la compilación de artículos de reflexión, impregnada por el frío que deja el paso del tiempo y la pérdida de la efervescencia del presente, siendo el presente un estado necesario para comprender las motivaciones de los sujetos en el contexto de gestas colectivas. Encontramos textos cortos de la época, el documento que plasmó las principales orientaciones del Movimiento Golconda (en 1968), artículos posteriores publicados en el periódico *Frente Unido*, fragmentos de entrevistas, relatos personales y familiares, y apartes de crónicas periodísticas escritas en los años ochenta y noventa.

¿Por qué el movimiento Golconda fue asociado a una “revolución de sotanas” o a una reunión de “curas rojos”? Porque dicho movimiento surgió a partir del encuentro de sacerdotes, monjas y laicos, en gran medida seguidores del legado de Camilo Torres, celebrado en agosto de 1968 en la finca Golconda, en Viotá (Cundinamarca). El documento-manifiesto resultante de tal evento, firmado por 50 sacerdotes, fue fechado en diciembre de 1968 en Buenaventura. Esta localización es importante puesto que, por ejemplo, monseñor Gerardo Valencia Cano, obispo de Buenaventura, considerado un “obispo rojo”, fue perseguido hasta su extraña muerte en 1972, sin que ello impidiera que en algunos barrios y veredas del puerto se implementaran proyectos ideados por los firmantes del colectivo. Las ideas seminales del grupo, que algunos han considerado un ejemplo fundamental de la arti-

culación de cristianismo y marxismo, responden al primado de la vida de fe como actitud de compromiso y ratifican el compromiso del sacerdocio en “lo temporal”. El documento de Golconda afirma que el oficio sacerdotal implica la formación política de los ciudadanos, es decir, legítima una pastoral militante que rechaza abiertamente “maniobras políticas”—como la del Frente Nacional— y reivindica la acción popular desde diversas plataformas que incluyen propuestas pedagógicas innovadoras.

Ya respecto al libro, los cambios de fuente de letra, ignoro si deliberados, y las fotografías dispersas sin que parezcan responder a un guion rígido, son evidencias del carácter de la publicación. Es, a mi modo de ver, una sentida recopilación que aborda los efectos del grupo de Golconda, y el propio legado de Camilo Torres, desde diferentes puntos de vista y a partir de diferentes localizaciones temporales que cubren, por ejemplo, el escepticismo actual respecto a utopías pasadas, los documentos contemporáneos al movimiento marcados por un ferviente crédito en la orientación del mundo hacia el socialismo y los homenajes póstumos, que transitan entre tiempos, con toda la claridad de pensamiento que los respalda y permite actualizaciones de la utopía legada por Golconda.

El lector no es convidado a seguir una trayectoria única respecto a los personajes clave del grupo, sino que puede hacerse a un perfil de los mismos, desde diferentes ópticas, haciendo relecturas de los elementos de la compilación sin un orden establecido o autoritario. En algunos fragmentos se siguen las trayectorias de los y las participantes de las primeras reuniones y de los firmantes del documento de 1968, lo cual sintetiza los caminos que se allanaron posteriormente: algunos religiosos como Domingo Laín, Manuel Pérez, José Antonio Jiménez y Leonor Esguerra optaron por la lucha armada; otros continuaron liderando proyectos sociales y educativos a partir de las directrices del movimiento, otros renunciaron tanto a la vida sacerdotal como a los postulados de Golconda y otros, sin haber escogido la lucha armada, fueron vilmente asesinados.

En mi lectura, destaco las impresio-

nantes trayectorias de monseñor Gerardo Valencia Cano, René García, Germán Zabala, Leonor Esguerra y Noel Olaya. De Valencia Cano resalto, según las diversas fuentes del texto, la intuición alimentada por una genuina vocación de servicio. De René García destaco su participación en el proceso de generación de cuadros revolucionarios para desarrollar la dinámica popular, la continuación de la gesta de organizaciones de base iniciada por Camilo Torres, y todo el trabajo de sistematización convertido en su misión de vida, la misión transgresora de un sobrino de obispos que desafió pesados designios de familia. De Germán Zabala, matemático y marxista —en palabras simplificadoras— y Leonor Esguerra —monja, guerrillera y líder social—, la imprescindible necesidad de profundizar en métodos pedagógicos liberadores como el Modelo Educativo Integrado (MEI). De Noel Olaya, teólogo y “biblista”—como consta en alguna parte del texto—, sus elucubraciones trinitarias, emparentadas con la Teología de la Liberación, con lo que él denominó “influir por el peso de las relaciones humanas”. En este mismo sentido, y siguiendo a uno de los autores de la publicación, podría decirse que el cristianismo revolucionario, engendrado por Golconda, es un capítulo que comparten la tradición cristiana y la izquierda revolucionaria. No obstante, la crítica al capitalismo y la apuesta por la identidad latinoamericana desde la diferencia y lo popular, elementos plasmados en el documento-manifiesto de Golconda —como he osado llamarlo— pueden continuar inspirando otras reflexiones y acciones.

Silvia Monroy Álvarez